

“NORUEGA DE CLARIDAD”: UNA LECTURA DEL “LAZARILLO DE MANZANARES”

Fernando RODRÍGUEZ MANSILLA
Dept. of Romance Languages & Literatures
Universidad de Carolina del Norte
Chapel Hill, NC 27599. EE. UU.
frman@email.unc.edu

TRADICIONALMENTE SE HA CONSIDERADO el género picaresco poco menos que un organismo vivo: nace (el *Lazarillo de Tormes* y el *Guzmán de Alfarache*), crece (el *Buscón*, *La pícara Justina* y todos los epígonos reconocidos por la crítica), se reproduce (los relatos “apicarados” del tipo de *Las harpías en Madrid*) y muere. Una idea asimismo arraigada, estrechamente vinculada a la anterior, es que la picaresca “se desintegra”, “degenera” o “decae” en una suerte de lenta agonía que se extendería desde el *Buscón* (circa 1604) y la *Pícara Justina* (1605) –con los cuales, según Rico, “se había entrado en una vía muerta” (129)– hasta el postrero *Periquillo el de las gallineras* (1668), pasando por textos tan dísimiles unos de otros como *Alonso, mozo de muchos amos* (1626 y 1629), *El siglo pitagórico o vida de don Gregorio Guadaña* (1644) o *La garduña de Sevilla* (1642). Dentro de esa lista de obras rezagadas que no han logrado ponerse “a la altura” de los libros picarescos canónicos se encuentra el *Lazarillo de Manzanares* (1620) de Juan Cortés de Tolosa.

Un lugar común ha sido juzgar al pícaro de Manzanares (y al resto de secuelas del *Lazarillo*) en función del de Tormes. Como señala Miguel Zugasti en el estudio preliminar de su edición, “es injusto juzgar por el mismo rasero a estos dos Lazarillos y del no cumplimiento de esta norma se han originado juicios más negativos y defenestradores que auténticamente constructivos y meditados” (“Estudio” 12). Antes que nada, se trata de obras compuestas muy lejos cronológicamente una de la otra: el *Lazarillo* original es de la primera mitad del xvi (aunque está vigente y remozado a inicios del xvii) y Cortés de Tolosa publica su obra casi setenta años después. Luego, y esto es lo que me interesa más resaltar aquí, ocurre que la crítica ha tomado por premisa que los continuadores del *Lazarillo* y del *Guzmán* deberían (siempre en condicional) haber imitado fielmente al autor anónimo y a Alemán, pero se dio bien pronto con la sorpresa de que no fue así y que, contrariamente a lo que “debió ser”, autores como Castillo Solórzano, Salas Barba-

dillo o el propio Cortés de Tolosa optaron por lo que, naturalmente, optaría un escritor: modificar, reescribir, innovar, es decir propugnar una originalidad que, de acuerdo con el canon clásico, se concentraba más en la *dispositio* o en la *elocutio* que en la *inventio*, es decir más en lo formal que en lo temático. Al mismo tiempo, siguiendo la idea, arraigada desde el siglo XIX, de que la novela picaresca es precedente del realismo (y asumiendo que el realismo es el modo de representación superior), se ha juzgado en función de los logros "realistas" del *Guzmán* y del *Lazarillo* la ficción posterior y, como no podía ser de otro modo, el balance ha sido negativo: ¿habremos de condenar a los escritores del XVII —empezando por un joven y diligente Quevedo— por no haber visto en el libro de Alemán lo que siglos más tarde vendría a ser estipulado como una joya para los historiadores de la literatura embebidos de positivismo?

La pesquisa en torno a la novela moderna y al lugar que ocupan piezas como el *Satiricón*, la *Celestina* o el *Tristram Shandy* (por citar títulos de tres momentos históricos dispares) en un proceso evolutivo que llegaría hasta Virginia Woolf o los hermanos Goncourt (hitos del realismo estudiado por Erich Auerbach en su clásico *Mimesis*) no deja de ser interesante y útil, mas no exclusiva ni excluyente hasta el punto de relegar el estudio de autores y obras cuyo valor, en la época y circunstancia en que se sitúan, está todavía por determinarse.¹ Ante este panorama, que en los últimos años ha felizmente cambiado, Peter Dunn invocaba, en 1982, a deconstruir "that nineteenth-century invention, the picaresque, and the criticism that has kept it in place" (131). A sabiendas de que en unas cuantas páginas es imposible llevar a cabo tal hazaña, en el presente trabajo me limitaré a ofrecer una lectura del *Lazarillo de Manzanares* en tanto "transposición" del *Lazarillo de Tormes*. En efecto, Cortés de Tolosa reescribe el *Lazarillo* ubicándolo en un espacio nuevo, la Corte. El resultado es un texto diferente, que parte del anónimo de 1554, pero aspira a superarlo, no en términos estructurales, como sí lo hizo con creces el autor del *Guzmán de Alfarache*, sino en lo que respecta al tratamiento de los personajes y al desenlace de los acontecimientos.

"Transposición" es el nombre que Gérard Genette asigna a las transformaciones de carácter serio que se ejecutan sobre determinadas obras, mayormente canónicas, conservando en buena medida su contenido, pero a la vez practicando cambios trascendentales para el significado final del producto "transpuesto". El *Lazarillo de Manzanares*, en ese sentido, es un *remake* del *Lazarillo* original, tal como, por referir un ejemplo contemporáneo, las *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes* (1944) de Camilo José Cela. Particularmente, considero que el libro de Cortés de Tolosa introduce una modificación fundamental, que se trasluce desde el título: la condición "madrileña" de Lázaro, como veremos, exige una reconsideración de la Corte

y la huella de la misma sobre el personaje. Esta modificación de tipo geográfico (de tierras salmantinas a la capital del imperio) se ve enriquecida por otra más: la temporal. El *Lazarillo de Manzanares* se abre refiriéndose al Madrid del reinado de Felipe III (1599-1621). La traslación geográfico-temporal tiene por objetivo inmediato actualizar el hipotexto (es decir la obra retomada, en este caso el *Lazarillo de Tormes*) a los ojos del público (Genette 351), con la consecuente transformación semántica que ello provoca.

En su sagaz estudio sobre el espacio urbano madrileño, Enrique García Santo-Tomás ha llamado la atención sobre la "ansiedad geográfica" que embarga a los escritores en torno al reinado de Felipe IV (1621-1665) en un Madrid "de reestreno". No obstante, a diferencia de textos como *Don Diego de Noche* (1623) o *El diablo cojuelo* (1641), donde se evidencia el afán de plasmar la experiencia urbana y las sensaciones que provoca una ciudad en constante mutación, el *Lazarillo de Manzanares* es en apariencia mucho más conservador en su manera de representar la Corte. Con todo, esta obra es una muestra de la tendencia encomiástica que rodea a la capital de los Austrias españoles, la cual es materia de innumerables textos que recrean la villa y, sobre todo, a sus habitantes. Como apunta García Santo-Tomás, en numerosos textos literarios Madrid se imagina como "madre" (28),² siguiendo una falsa pero poderosa etimología, y la identidad madrileña posee un prestigio que entra en competencia con (y eventualmente supera a) urbes tan tradicionales como Toledo o Sevilla.

Considérese que, en especial, el carácter del pícaro como personaje literario está determinado por sus orígenes, tanto familiares como geográficos. Como los primeros siempre son viles, el lugar que lo ve nacer es, a veces, una de las pocas prendas de verdadera calidad que pueden distinguirlo, de allí que lo tomen por apellido. En el caso de Lázaro de Tormes, la elección de Salamanca como cuna del pícaro ha sido leída a menudo como un guiño al entorno estudiantil del presunto autor y a la estela de la *Celestina*, con la cual el *Lazarillo* siempre ha encontrado afinidades.³ Guzmán de Alfarache, *El Pícaro* por antonomasia durante todo el XVII, emprende su alegato mercantilista, tal como lo ha estudiado Michel Cavillac, partiendo de su condición de hijo de Sevilla, la ciudad que negociaba directamente con el Nuevo Mundo. Por su parte, Pablos proviene de otra ciudad de mercaderes y conversos, Segovia, y ya sabemos los resultados de sus esfuerzos por ennoblecerse y desmarcarse de sus orígenes (tan similares a los de don Diego Coronel, quien no obstante parece triunfar en la Corte). La encarnación femenina de la picaresca, Justina Díez, proviene de tierras leonesas, es decir de la Montaña, de donde se consideraba provenía la más rancia nobleza castellana, y su libro encierra, irónicamente, un furioso ataque a las pretensiones nobiliarias. Sala-

manca, Sevilla, Segovia o León, en los respectivos libros picarescos, son ciudades que determinan a los protagonistas y les ofrecen un *background* que, en buena medida, orienta el significado de sus textos. Teniendo en cuenta esos precedentes, no sería, por ende, solo producto de la moda "madrileña" la aparición de un *Lazarillo de Manzanares*, ni la de una *Teresa de Manzanares* casi diez años más tarde (en 1632), a manos de Alonso de Castillo Solórzano. Lázaro y Teresa en tanto pícaros madrileños poseen perfiles particulares y sus textos plantean, cada cual a su manera, sendas preguntas: ¿qué es Madrid? Y, quizás más importante, ¿qué significa ser de Madrid?

Circunscribiéndonos por ahora al *Lazarillo de Manzanares*, es de notar que la recreación que se nos ofrece de la Corte, desde la primera página, incide en dos imágenes contrapuestas. La primera es la de su preeminencia como centro de poder, en tanto residencia del rey, y la segunda es la de centro de comercio sexual, mediante la referencia a la mancebía o burdel que regentan los padres del pícaro. Ambas imágenes quedan plasmadas e indeliberables en el *urbis encomium* que abre el texto:

Ansí que sabrá vuesa merced que dicen haber nacido yo en Madrid, Corte del Rey don Felipe nuestro señor, Tercero de este nombre, villa digna del título no solo Real, sino Imperial, la más insigne del mundo, tanto por el respecto dicho, cuanto porque en ella nunca es de noche. En esta, pues, Noruega de claridad, me parece que Felipe Calzado y Inés del Tamaño, padres de aquellas mujeres que aunque compran el manto entero no se sirven más que del medio, tuvieron devoción de criar un niño de los expósitos o de la piedra. (91-92)

En Madrid "nunca es de noche", porque en ella vive el rey, a quien tópicamente se equipara con el sol. "Noruega de claridad" es una metáfora ingeniosa basada en la contrariedad, ya que "Noruega" era símbolo de la oscuridad absoluta. No obstante, el oxímoron "Noruega de claridad" también se presta a ser entendido como aquella convivencia de dos órdenes o mundos fusionados en la Corte: el mundo oficial, regio y digno de exaltarse (la claridad) y el mundo marginal, de ladrones y prostitutas en el que se forma Lázaro (Noruega). La luz y la oscuridad (el orden que representa el rey y el crimen) se contraponen en Madrid como el haz y el envés de un mismo lugar. En la Corte habita el sol, hay plena luz, sin embargo la casa de Lázaro y su familia es oscura (101), por lo que la iluminan con velas, las cuales provocan el incendio de la morada. Figuradamente, la "luz" regia no alcanza al rincón que habita la gente *non sancta*.

La contradicción inherente a la villa la carga el propio Lázaro, por lo cual él mismo oscilará entre el ejercicio de la alcahuetería, heredado de sus padres putativos, con sus primeros amos y una conducta más propia de un pícaro

reformado que empieza a esbozarse en el capítulo VII. A partir de entonces, tras conocer al ermitaño, cuyo retrato evoca al ciego del *Lazarillo de Tormes*, ocurre un giro en su vida, que lo lleva a abandonar paulatinamente su vocación de tercero hasta convertirse en un misógino convencido. A la par de este proceso, se suceden unos amos que actualizan, igualmente, a los posteriores amos del *Lazarillo* primigenio. Lázaro de Manzanares requiere entonces para salir adelante asimilar lo conveniente de sus orígenes (su manejo de las letras, por ejemplo) y abandonar lo oprobioso (la tercería).

Los sentimientos de Lázaro hacia Madrid son vacilantes. Cuando tiene que escapar a Alcalá se lamenta, pero al mismo tiempo siente repugnancia por la vida que deja atrás:

Considere vuesa merced qué sentiría un muchacho solo y que dejaba su tan amada patria, cuando menos la Corte. Tanto lloré, tanto me afligí y tan desconsolado estuve, que a no llegar el carro llegara mi fin. ¡Oh, pecador de mí, era quien quiera lo que yo perdía! Mis padres habían de ser muy ricos, porque los dos eran mayores ladrones que antes y ella muy gran hechicera, y esto la valía muchos ducados, y según lo que me querían toda la hacienda había de venir a parar en mí. (107)

Pese a afirmar que la Corte es “su tan amada patria”, reconoce inmediatamente que en realidad pierde “quien quiera”, o sea ‘cualquier cosa’, recordando a sus viles padres. Lázaro se sirve de Madrid para dignificarse a sí mismo, pero requiere al mismo tiempo desmarcarse de la infamia de sus primeros años en la ciudad. Su mayor aspiración, lo declarará más adelante, no es otra que irse a las Indias, a enriquecerse y, probablemente, seguir el rumbo de la “traición de la burguesía” tan común en el siglo XVII español: medrar por la vía mercantil y regresar a España a ennoblecerse.

El ser madrileño y lucirlo en el apellido (“de Manzanares”) sería parte de su *background* para cumplir aquel sueño de las Indias. Su primer ama le promete apoyarlo “para que seas tan gran estudiante como de tu natural fío” (108). Más adelante, el sacristán tuerto a quien servirá le dice admirado que “cada día voy descubriendo en ti [en Lázaro] que debes serlo [hijo] de buenos padres, porque veo que sabes leer, escribir y contar, algo de latín y sobre todo, que tienes muy buenos respetos” (128). Este elogio, a sabiendas del pasado del protagonista, es sarcástico, ya que los “buenos padres” lo son por partida doble: por haberle hecho adquirir la cultura letrada y por formarlo en la alcahuetería, como quien vivió en un burdel. Nuevamente el mundo de los bajos fondos se mezcla, burlonamente, con el de lo letrado y lo noble, mediante los juegos dilógicos (“colegio” por burdel, “rector” por administrador del mismo) y el doble sentido:

Y cierto que tuvo razón en lo que dijo [el ermitaño sobre sus "buenos padres"], por saber yo esas cosillas, de manera que cuando no hay otros testigos, estos son casi fidedignos, porque ¿qué padre deja de enseñar a sus hijos a leer y escribir? Por lo menos acuérdomelo ahora que el tiempo que fui agente de aquel miserable colegio de que mi padre fue rector, no hubo mujer en ellas que no fuese parienta de las mejores casas de España, cuyos padres eran el día de entonces grandes señores, sino que una voluntad, y un engaño después, las trajo..., etc. (128)

Así, el saber de letrado y el saber de tercero se fusionan como parte del mismo tipo de conocimiento, precisamente el que ostenta Lázaro durante el servicio a sus primeros amos; por ejemplo, a su ama la pastelera le escribe billetes amorosos para que se encuentre con su "primo carnal", su amante. Como tercero de su ama, Lázaro de Manzanares no hace más que seguir, en parte, el destino del Lázaro salmantino que hace de marido cartujo, solo que el madrileño no está casado, pero es igual de permisivo y hasta fomentador de infidelidades. La sombra del *Lazarillo de Tormes* se percibe mucho más durante su estadía con el segundo amo, el sacristán a quien su esposa engaña. Esta, al saber que el nuevo criado se llama Lázaro, no deja de notar el peso de la tradición literaria del cornudo: "Marido tuerto y Lázaro por criado, ¡muy trabajoso negocio fuera a no estar tan seguro el partido de su dueño!" (122). El ama comprende que Lázaro, por su propio nombre, no será obstáculo, sino todo lo contrario, para su relación extramarital. Así, cuando este vuelve a casa a deshora y la encuentre golpeada (por el amante, se supone) le bastará observarla para saberlo todo: "Mírela alazarilladamente y como la lengua me dijese que había rodado las escaleras y yo desde que la vi me entendiese mejor con los ojos, les dije: 'Ojos, decídmelo vos'" (123). La mirada *alazarillada* no sería otra que una mirada experta en cuernos.⁴ De allí que en adelante nuestro Lázaro no solo guarde silencio frente a lo que ocurre entre su ama y un barbero, sino que también fungirá, nuevamente, de intermediario entre los amantes, de "negociador de ajenas holguras" (126), según él mismo lo define. Esta permisión sexual, como parte del ciclo carnavalesco, va de la mano de la ingesta pantagruélica de comida: "De manera que así como el otro [el de Tormes] fue Lazarillo de no comer, fui yo Lazarillo que pude morir de ahíto" (126).

Este último aspecto, la saciedad en oposición al hambre del *Lazarillo* primigenio, ha sido leído como síntoma del "antilazarillo" que plasmaría Cortés de Tolosa en esta obra (Sansone xx). Pero, ¿y el Lázaro alcahuete y la mirada *alazarillada*? La comida y la fornicación alentada son una suerte de "cumbre de toda buena fortuna" de la que nuestro protagonista se harta a su debido tiempo, porque tiene que marcharse para cumplir designios más elevados: la carrera de Indias. La acumulación de capital para realizar su sueño, durante este periodo de su vida, no exige mayores escrúpulos y por ello Lázaro vuelve

a Madrid para seguir explotando sus mayores habilidades: la de alcahuete y la de letrado. En el capítulo VI vemos al personaje sirviendo a un marido "paciente", o sea cornudo por iniciativa propia. La villa no ha cambiado, se mantiene, al menos para Lázaro, como lugar de busconas y ladrones. Tras la muerte del amo, sigue sirviendo a la viuda y sus amigas que continúan ejerciendo el oficio por su cuenta. Al final de este episodio es cuando se produce un punto de inflexión: el ama de Lázaro y sus compañeras son castigadas duramente, él se exime de la responsabilidad de alcahuete y en adelante, a la par que cambiará drásticamente de amos, cambiará también de costumbres.

Esto es posible gracias a su estadía con el ermitaño, en el capítulo VII, quien lo introduce en una vida sosegada, lejos de los vicios mundanos. Nuestro personaje afirma que "aquí tuvo fin el diminutivo de mi nombre" (148), es decir que se quita definitivamente el estigma que la tradición literaria (el *Lazarillo* tercero con la mirada *alazarillada*) le ha impuesto. Así, los próximos amos y las labores de Lázaro entre los capítulos VII y el XVIII (el último), son diametralmente opuestos a los de los capítulos iniciales (del I al VI), marcados por el sexo venal, los cuernos y las malas artes. A partir de este capítulo VII se erige, en verdad, el retrato invertido del *Lazarillo de Tormes* a cargo de Cortés de Tolosa. La enumeración de saberes medicinales del ermitaño evoca claramente los que ostenta el ciego primer amo del *Lazarillo* original.⁵ Asimismo, como este último, el ermitaño "adiestra en la carrera de vivir", diríase, al pícaro madrileño: "Se podía dar mucho interés por su compañía [del ermitaño], porque de ella, como he dicho, se medraba saber y comer, y cómo se había de ganar para en adelante. Y yo medré eso y esotro y latín, que muy bien me enseñó" (151-52). Lo único en lo que no hará caso a su preceptor es en su sueño indiano, pues este le advierte que "él que quiere aplicarse en ella [en España] halla lo que otros van a buscar a ellas [a las Indias]" (186). Por ello, Lázaro se va a Sevilla, a la espera de embarcarse. En esta ciudad entra a servir a la casa de un oidor, cuyo hijo lo hace acompañarlo a una aventura nocturna que acaba mal. Sin dinero, nuestro protagonista se encuentra con un canónigo que lo acoge y lo convierte en ayo de sus sobrinos. Cuando ve que estos le hacen la vida imposible a Lázaro con sus travesuras, le asigna nuevas funciones: "Asiéndome del brazo me dijo que solo quería que entendiese en curar de su hacienda y ser señor de toda la casa, con lo cual me quedé en ella" (197). Esta confianza absoluta del religioso frente a Lázaro recuerda, por contrariedad, la avaricia y el recelo totales del segundo amo del *Lazarillo de Tormes*, el clérigo de Maqueda. A diferencia del clérigo que mataba de hambre a su criado el salmantino alimentándolo solo con cebollas, nuestro protagonista con su amo el canónigo no se preocupaba "más que comerme lo mejor que a las manos podía haber" (203). Esta dicha se acaba,

sin embargo, cuando Lázaro se enamora, cayendo en el robo para seducir a su amada. Su amo lo despidió, evidentemente; pero cuando en el mismo episodio Lázaro acaba encarcelado, el canónigo, siempre dispuesto a perdonarlo y favorecerlo, intercede por él ante la justicia y lo liberan. En la orilla opuesta, recuérdese, el clérigo de Maqueda igualmente expulsaba a Lázaro de Tormes cuando descubría que él le hurtaba el pan del arcaz, pero para este religioso no existía ni perdón ni generosidad alguna.

El enamoramiento le es aleccionador a nuestro protagonista; luego de salir de la cárcel gracias al canónigo, Lázaro de Manzanares queda desengañado de las mujeres definitivamente. Libre de nuevo, monta una escuela de la que obtiene buenas ganancias. Atraído por estas, un casamentero le ofrece casarlo con una mujer fea y viuda, de la cual escapa Lázaro, apoyado por su benefactor el canónigo. Estos episodios, sumados a la introducción de dos textos satíricos contra las mujeres ("Discurso cerca de la mujer flaca" y "Recepta para envidiar sin daga, veneno o bebedizo, u otro instrumento alguno") y el sueño narrado en el último capítulo, hacen del *Lazarillo de Manzanares* un manifiesto misógino sobresaliente dentro de la vertiente satírica de la época.⁶ Sin embargo, es posible comprender las admoniciones contra el matrimonio y las mujeres como otra inversión del *Lazarillo de Tormes*: si el salmantino se casa y cae en la deshonra, el nuevo Lázaro huye de casamientos y alcanza, soltero, realmente su "buen puerto" en las Indias.

Pero para que su viaje se concrete, requiere, una vez más, la intervención de algún benefactor. Para huir de los que quieren casarlo, Lázaro se dirige de vuelta hacia Madrid, lo cual implicaba el atisbo de una derrota, pues volvería a sus orígenes prostibularios y licenciosos; pero entonces es auxiliado por "un hidalgo de Sevilla, rico y poderoso" (241), quien se siente en deuda con él por haberle educado a sus hijos. Este hidalgo agradecido sería una versión idealizada del tercer amo del *Lazarillo de Tormes*, el escudero famélico. Si con el hidalgo vallisoletano ocurría un intercambio de papeles ridículo por el cual el criado alimentaba al amo, ahora en el *Lazarillo de Manzanares* también somos testigos de un cambio de roles, pero de índole superior: el amo, el hidalgo sevillano, es el que sirve al criado, lo hospeda cómodamente en su casa e inclusive es el que gestiona su viaje a América. La liberalidad de este hidalgo, que además es mercader, para con Lázaro es admirable.

Los tres amos paradigmáticos del *Lazarillo de Tormes* (ciego, clérigo e hidalgo) que se reencuentran en el *Lazarillo de Manzanares* (ermitaño, canónigo e hidalgo mercader) se convierten en los principales auspiciadores del proyecto burgués del protagonista, que no hubiera podido ir a las Indias sin la participación providencial de estos tres.⁷ El final de Lázaro configura un *happy ending* poco convencional para un libro picaresco. Ahora bien, tanta

buena fortuna y el apoyo de parte de los representantes de los tres estamentos heredados del Medievo (el ermitaño, aunque de origen noble, se asimila al estado llano) convierten la vida del Lázaro madrileño en una historia ejemplar: un niño del origen más vil que puede concebirse en su época (es un huérfano), formado en un medio tan o más abyecto (el prostíbulo de sus padres) logra insertarse plenamente en la sociedad, ejercer oficios dignos, gozar de la estima de sus amos y salir por completo de la marginalidad en la que creció. A diferencia del *Buscón*, donde las Indias son simplemente otro escenario donde se prosigue la mala vida, en el *Lazarillo de Manzanares* las Indias son un escalón más, necesario para el ascenso social por la vía lícita, en la carrera de un sujeto que poco o nada tiene ya de pícaro, salvo el nombre, aunque totalmente desestigmatizado, en razón de haber superado las taras literarias asociadas con él.

Este *happy ending* de Lázaro solo es posible, como decíamos más arriba, mediante un doble movimiento, de asimilación y de rechazo, frente a los orígenes madrileños. Lázaro pone en práctica los saberes adquiridos en su patria, el de tercero y el de letrado, a lo largo de su vida, primando el de mediador en la primera parte de la novela (del capítulo I al VI) y luego el de conocedor de las letras (del capítulo VII al XVIII). Este giro coincide con la pérdida del diminutivo, es decir la superación de la herencia pícara, y con la aparición de los tres amos "reformados" del *Lazarillo* primigenio. Estas innovaciones en la saga lazarlillesca que practica Cortés de Tolosa se ven reforzadas por un relato generado mucho más desde la visión de testigo que de protagonista de los hechos que acaecen. Lázaro no padece mayores vejaciones ni cuenta con un episodio realmente traumático, que no sea el de su desengaño amoroso. En realidad, su postura es mayormente la de cronista de las artimañas que observa practicar a sus amos y amas, en las cuales participa al menos durante su periodo picaresco, es decir hasta el capítulo VI.⁸ Astutamente, Lázaro observa y nos da cuenta de lo observado, pero no cuestiona el orden, o más bien desorden, establecido. Se trata de un individuo pragmático. En el episodio de las damas pedigüeñas (el fundamental capítulo VI), nuestro protagonista trabaja para ellas, las critica, pero no las abandona hasta que los hombres burlados capturan a amas y criados e intentan azotarlos a todos.

En un artículo reciente, Victoriano Roncero ha afirmado que el humor carnavalesco es, quizás, el único elemento que comparten, en mayor o menor medida, los representantes del género picaresco. Este humor cruel y a menudo violento es aplicado sobre el pícaro protagonista con fines de escarnio público o privado, cumpliendo así la función de recordarle su baja ralea y amonestarle por tentar el ascenso social (Roncero 273). A propósito de esto, llama la atención el hecho de que en el *Lazarillo de Manzanares* el protago-

nista sea, relativamente, pocas veces la víctima de las burlas.⁹ La mayor carga risible está volcada sobre los personajes secundarios. La razón de este cambio sustancial se explica por el final de la obra: este Lázaro sí podrá alcanzar sus pretensiones, por lo que las vejaciones mayores —como las padecidas por Pablos o Guzmán— carecerían de sentido. Este factor convierte al libro de Cortés de Tolosa en un texto bastante anómalo para la tradición en la que pretende inscribirse, de allí tal vez su escasa fortuna editorial y, posteriormente, crítica. Con todo, conviene dejar en claro que no se trataría de un descuido o una incomprensión del género picaresco, sino más bien de una elección consciente, una voluntad expresa del autor por darle la vuelta al mecanismo del humor convencionalmente asociado con la picaresca.

Visto así, el *Lazarillo de Manzanares* intenta superar, en términos de un significado edificante y unívoco, al *Lazarillo de Tormes*. Mientras en este último la "cumbre de toda buena fortuna" solo puede comprenderse en sentido irónico, la vida de Lázaro de Manzanares narrada por él mismo demostraría que uno puede superar el origen más abyecto. Aunque para ello debe contarse con un poco de ayuda del exterior. Lázaro solo ha podido lograr el éxito (es decir marcharse a las Indias) gracias a que la gente confía en él. Esta confianza puede obedecer, suponemos, al "buen natural" que dice encontrar el ermitaño en su persona: "Siempre entendí de tu buen natural, que las figuras de tu rostro me pronosticaron lo que con las manos toco" (184). Recordemos que, a ciencia cierta, no sabemos quiénes son los padres del protagonista, pues este es "niño de la piedra", es decir un huérfano que abandonaron a la puerta de una iglesia. Solo queda considerar que el susodicho "buen natural" es no otro que el de su patria madrileña. De esa forma, se consolida plenamente la identificación que pretende con su apellido. Las dotes de Lázaro le vienen de su "madre", que no es otra que la Corte. Lugar de contrastes, entre Noruega y la claridad, Madrid queda representada como la cuna del primer pícaro que puede salir de la oscuridad de los bajos fondos prostibularios a la luz de la prosperidad y la auténtica buena fortuna. Desde esta óptica, la labor de reescritura del *Lazarillo de Tormes* emprendida por Cortés de Tolosa en el *Lazarillo de Manzanares* nos muestra a un autor que, en la encrucijada de las secuelas picarescas oseudopicarescas, encontró en la variación geográfica la clave para reformar al pícaro y a la picaresca *ab ovo*. Que Cortés de Tolosa haya sido valorado o no por su intento, ya es otra historia. Como reza el refrán compilado por el maestro Correas: "Pícaros hay que han dicha, pícaros hay que no".

NOTAS

1. De hecho, un reflejo de este prejuicio es la escasa fortuna editorial de la obra que nos ocupa aquí. Modernamente, la primera edición con pretensiones filológicas fue la de Giuseppe Sansone (1960 y reimpresa en 1974), superada por la de Miguel Zugasti (1990), gracias a la cual contamos con un texto fidedigno, adecuadamente anotado (ya que el lenguaje conceptista de Cortés de Tolosa puede amedrentar al lector) y con suficientes materiales para su estudio a fondo.
2. Ya Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611) escribía en la entrada *Madrid*: “Díjose también *Viseria* y *Madrilium* (*unde* Madrid) y *Matrilium*, a *matre*, por serlo de tantas naciones que concurren a ella” (778). A la misma etimología Madrid/ madre, casi en idénticos términos, se apela también en *La niña de los embustes*, *Teresa de Manzanares* (1632) de Castillo Solórzano: “Por sus jornadas, ya cortas, ya largas, llegó a aquella insigne villa madre de tantas naciones, gomia de tantas sabandijas, y como una dellas la amparó y recibió en sus muros” (224).
3. Hace sesenta años, Luis Jaime Cisneros, especulando sobre la autoría de Hurtado de Mendoza, se imaginaba lecturas estudiantiles del *Lazarillo* a las orillas del río Tormes y sostenía que el libro podía haber sido una suerte de, valga la redundancia, “lazarillo” o guía amena para los estudiantes salmantinos durante sus paseos (Cisneros 39).
4. Creo que este testimonio de Lázaro como experto en cuernos viene a complementar la visión tradicional sobre el personaje que recopilaba Maxime Chevalier en textos del siglo xvi. El hispanista francés se lamentaba de no encontrar mayor evidencia en el imaginario colectivo del Lázaro que prostituye a su mujer, el del último tratado: “¿Dónde está, entre tantas citas, el pregonero toledano, el marido sufrido de la manceba del arcipreste de San Salvador?” (185). Creo que para Cortés de Tolosa y sus lectores esta mirada *alazarillada* no podía dejar de ser la del Lázaro sabedor de infidelidades. Este perfil de Lázaro, recordémoslo, también lo explota Juan de Luna en su *Segunda parte de Lazarillo de Tormes* (1620): el pícaro salmantino se querella contra su mujer y el arcipreste, tras hacer caso, al fin, a lo que le dicen sus amigos.
5. El ermitaño “tenía devociones para las casadas que deseaban hijos, oraciones para diversas cosas, remedios para mil enfermedades y algunas veces hacía algo por acabarse el humor o porque la que no paría hizo menos remedios para parir y se le atribuía a él el efecto, fuera de que todo lo que daba era santo y bueno; concertaba los mal casados y era casamentero” (148-49). Por su parte, el ciego del *Lazarillo de Tormes* “decía saber oraciones para muchos diversos efectos: para mujeres que no parían; para las que estaban de parto; para las que eran malcasadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos de preñadas: si traía hijo o hija” (26). Observa también este paralelismo Zugasti en el estudio preliminar de su edición (“Estudio” 55).
6. El antifemismo que expresa Cortés de Tolosa se equipara al de algunos textos de Quevedo como *El siglo de cuerno*, *carta de un cornudo a otro* o *Carta a una monja*, así como sus varias premáticas que advierten sobre la venalidad y mala condición de las mujeres. Precisamente, Zugasti apunta: “A mi modo de ver no sería válido considerar este aspecto del ataque a la mujer como un simple acatamiento de la larga tradición satírica antifeminista. Por supuesto que el seguimiento de este tópico tiene un gran peso a la hora de evaluar a nuestro autor, pero su pertinaz empeño y su acentuación en

- la inferioridad del sexo opuesto dicen bastante, creo, sobre su personalidad" ("La sátira antifeminista" 1018). Remito al referido artículo de Zugasti para un análisis en detalle de la misoginia de Cortés de Tolosa no solo en el *Lazarillo de Manzanares*, sino también en las cinco novelas que conforman su libro anterior, *Discursos morales* (1617).
7. Precisamente el paso de "pícaro" a "burgués", en estrecho vínculo con la pérdida del diminutivo en el nombre del protagonista, es observado y analizado a profundidad por Zugasti en una sección de su estudio llamada "De Lazarillo a Lázaro: de pícaro a burgués" ("Estudio" 28-47).
 8. Así lo observa también Zugasti: "El autor [...] una vez que a partir del capítulo vi ha cerrado el ciclo picaresco y hace girar la novela hacia nuevos derroteros, en un acto paralelo hace variar también la óptica del protagonista desde la deshonra hacia la honra" (18).
 9. Los únicos episodios en los que Lázaro padece algún tipo de maltrato más o menos hilarante son estos: el robo nocturno por el que su amo y él acaban desnudos (cap. xi); las travesuras de sus alumnos sevillanos, que lo desmoralizan (cap. xii); y la burla que le hace su amada, presentándolo como un pícaro o bufón, frente a uno que la galantea (cap. xiv). Obsérvese que ocurren luego del punto de inflexión vital (cap. vii, estadía con el ermitaño), por lo que buscarían más bien la solidaridad del lector, llamarlo a la compasión para con el personaje, antes que el mero escarnio. Además, se trata de burlas bastante ligeras en comparación con las sufridas por Lázaro de Tormes (a quien le rompen un jarro sobre la boca o lo dejan inconciente tres días con un garrotazo), Guzmán de Alfarache (lo mantean como a un perro en Génova, lo embarran con heces) o el vilipendiado Pablos de Segovia (le escupen, se embarra con excremento, cae dos veces del caballo, le dan una golpiza, etc.).

OBRAS CITADAS

- Castillo Solórzano, Alonso de. "La niña de los embustes, Teresa de Manzanares". *Picaresca femenina*. Ed. Antonio Rey Hazas. Barcelona: Plaza y Janés, 1986. 211-413.
- Cavillac, Michel. *Pícaros y mercaderes en el "Guzmán de Alfarache": reformismo burgués y mentalidad aristocrática en la España del Siglo de Oro*. Granada: Universidad de Granada, 1994.
- Cisneros, Luis Jaime. *El Lazarillo de Tormes*. Buenos Aires: Kier, 1946.
- Cortés de Tolosa, Juan. *Lazarillo de Manzanares*. Ed. Miguel Zugasti. Barcelona: PPU, 1990.
- Covarrubias, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Ed. Martín de Riquer. Barcelona: Horta, 1943.
- Chevalier, Maxime. *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Turner, 1976.
- Dunn, Peter. "Cervantes De/ Reconstructs the Picaresque". *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 2.2 (1982): 109-31.

- García Santo-Tomás, Enrique. *Espacio urbano y creación literaria en el Madrid de Felipe IV*. Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana-Vervuert, 2004.
- Genette, Gérard. *Palimpsestes: la littérature au second degré*. Paris: Seuil, 1982.
- Lazarillo de Tormes*. Ed. Francisco Rico. Madrid: Cátedra, 1992.
- Rico, Francisco. *La novela picaresca y el punto de vista*. 4.^a ed. Barcelona: Seix-Barral, 1989.
- Roncero, Victoriano. "El humor, la risa y la humillación social: el caso del *Buscón*". *La Perinola* 10 (2006): 271-86.
- Sansone, Giuseppe E. "Introducción". *Lazarillo de Manzanares con otras cinco novelas*. Ed. Giuseppe E. Sansone. Vol. 1. Madrid: Clásicos Castellanos, 1974. VII-XLI.
- Zugasti, Miguel. "Estudio del *Lazarillo de Manzanares*". Juan Cortés de Tolosa. *Lazarillo de Manzanares*. Ed. Miguel Zugasti. Barcelona: PPU, 1990. 9-80.
- . "La sátira antifeminista en la narrativa de Juan Cortés de Tolosa: la adaptación de un tópico". *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro: Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*. Ed. Manuel García Martín y otros. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1993. Vol. 2. 1017-25.